

# HOMERO EN TARSIS

## *POEMA ÉPICO*

**Ramon Fernández Palmeral**

COLECCIÓN BROTES /EDITA **PALMERAL, 2004**

EDITA PALMERAL (Poético-artístico)  
C/. Astrónomo Comas Solá, 1-6º-A1  
03007 ALICANTE

Correo E: [ramon.fernandez@ono.com](mailto:ramon.fernandez@ono.com)

**Canto Primero**

*Ojos de Zeus sin odio turbio*

*la herida de tu frío beso*

*la ceguera desde tu divina mano*

*protectora del Olimpo.*

*Viento que al alba la luz consume*

*y tu colérico ego borra,*

*detrás del paño, oculta*

*negro y vengativo el rostro*

*de los divinos rayos destructores.*

¡Oh Musas!, de despellejados senos, que habitáis en el anchuroso cielo y en el reluciente astro, hijas de Zeus el portador de la égida, el que amontona las nubes, el que restablece las leyes divinas mediante la justicia, el rey de reyes, tengo dolor de caminos, heridas abiertas en carne estremecida, pasión de la tierra, otorgadme el hechizo de vuestros divinos cantos acompañados de cítaras y tibias que embelesan a las multitudes y glorifican a los héroes inmortales, a los victoriosos aqueos.

¿ Por qué ya no recibo el don, la bendición del divino verso?, las fuerzas misteriosa que me liberaban de la humana condición, alivio de Apolo, con Eros revoltoso, con los semi-dioses rendidos por Afrodita desnuda, ya no recibo la sacra llama de la inspiración divina y lasciva, agotado por la fuente de la poesía ecuórea del Jano, del estado de gozo y enajenación, del latente estado de pureza.

Los mortales no están en condiciones de crear poemas si no están alineados con un dios que le inspira a través de las Musas, divina locura nacida de la posesión, del éxtasis a quien llama de gozo me somete a una magnificación sin parangón terrenal y cerrado al espíritu libre de los afortunadas aves.

Aquí, y ahora, en esta isla de mortificación, viejo y cansado, agotado ante las interminables súplicas, injustamente humillado por la ruina de los años, he sido

castigado al tenebroso olvido de esta isla en medio del Ponto furioso y del vómito que levantó céfiros y lavó rocas, mar de huidas y encuentros, flotación lívida, olímpica ansiedad, un ahogo de pensamientos, impíos recuerdos, no recibo el elixir placebo de la poesía, ¿qué he hecho mal?, Musas, ¿qué rebeldía cometí?, me pregunto sin la luminosa respuesta, sin el horizonte de mi hogar en Quíos, si al menos conociera la ofensa, conocería la reparación del daño por el que suplico, el pan del tamaño de mi hambre, la hecatombe que he de ofrecer en sacrificio, pues no hay mayor disgusto y dolor que sentirse ofendido, culpable, solo, desprotegido por los dioses, despreciado, insomne, ausente de motivos que a la carne hieren, espadas que el fuego del corazón latiente al unísono, las causas que ofenden a los inmortales en su Monte Olimpo, el callar a las preguntas, el sonido del silencio, el saberte solo y arrinconado, desolación sin nombre, desterrado por Poseidón entre pescadores de valerosos remos y necias mentes, entre tullidos guerreros víctimas del acoso a una amurallada y cíclope ciudad sepultada por el estiércol del fuego, el filo del acero, la llaga de la herida restablecida, la codicia de los mercaderes.

¿Dónde vive mi culpa, quiero pagar por mi culpa, dónde esta mi tiempo?, quiero mi tiempo, su ausencia me obliga cual Prometeo a robar el fuego de Zeus para dar vida a mis poemas ausentes. Me obligas a ser insaciable llama de súplicas ante la fama y los plausos que se ahogaron en la tristeza del olvido.

Apolo, el rey del sol, protege a los troyanos. Hijo de Zeus, en tu oro brilla la esperanza de la sangre que no derramará las heridas que el enemigo, cáliz de la muerte, vierte con gusto a lanza. Y la lengua será cortada de los profanadores de palabras sagradas, ocultas al entendimiento corto y desconfiado de los guerreros nacidos para morir.

En el hueco de la abierta cortina me espera una joven con una lucerna de aceite encendida, espera que me levante y le siga hasta que le muerte nos acompañe.

**DE LA COLERA DE AQUILES****Canto segundo**

*Enarbola tu frente con el temido casco  
de cola de caballos, fieras inteligentes,  
despliega tu brazo rotundo y  
fuerte como mares concentrados  
en el filo de tu espada muerte.*

*El hombre acecha al hombre oculto,  
arcano, con garras dentro del vientre  
de los navíos y el mortífero caballo,  
en muralla troyana, silencio de la piedras,  
las flechas amargas esperan un viaje..*

*En la desnuda espada del Pélida, sangre y  
uñas rotas y reflejos de temida guerra:  
marchad al asedio guerreros de lucidas glebas,  
griegos, teucros, venablos anochecen cuerpos  
donde se oculta el secreto del triunfo.*

*Venablos que vibran en el aire  
voces de espadas que matan,  
cascos rotos y cabezas abiertas  
muros vencidos y asaltadas puertas,  
fuego que quemas ojos y espaldas  
pezuñas por corazón de roncós odios.*

Cántame otra vez, ¡oh Medeo! la cólera del Pélida Aquiles, la mayor de las cóleras conocidas, la que causó infinitos males a los aqueos del Atrida Agamenón y a otros héroes, fracasos que los arrojó al Hades por la voluntad de Apolo donde fueron carne de perros y aves carroñeras ante la pasiva y divina voluntad de Zeus, el que reúne las nubes, el que las amansa o las hace tronar entre sus manos cual granada de perlas rosas.

–«El Pélida, de nuevo, con mordaces palabras se dirigió al Atrida y en modo alguno cejaba de su cólera: “¿Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Jamás has tenido en tu corazón el valor de amarte con tus huestes para la guerra e ir a una emboscada con tus

guerreros, ello provoca, como comandante jefe de los ejércitos que hable contra ti, rey coleccionista de pueblos y esclavas, porque tú, sangre guerrera, reinas sobre gente estéril de ambiciones.

«Hoy me insultarás por última vez. Mas mira lo que te voy a decir y lo juro por este cetro de autoridad divina y real, (que nunca más echará hojas ni ramas, una vez que dejó su tocón en el monte, no volverá a florecer, pues el oro le ha pelado la fronda y la corteza) y que llevan en sus manos los hijos de los valientes y justos aqueos, los que guardan en nombre de Zeus los códigos legales, este es mi juramento: seguro, que un día, todos los hijos de los aqueos llegarán a echar raíces, y me recordarán por siempre, y nada podrás hacer tú, indeseable, por más que te aflijas o supliques, cuando en gran número caigáis muertos a manos de Héctor, matador de hombres. Tú por dentro te desgarrarás el corazón, furioso porque en nada honraste al más valiente de los mirmones».

–Cántame la cólera de Aquiles cuando Agamenón sentencia que, a cambio de la raptada Criseida se llevará a la manceba de Aquiles, a Briseida, la de las hermosas mejillas, de la que está intensamente enamorado, le hija del sacerdote del templo de Apolo, saqueado por los griegos.

«... y el dolor se hizo en el hijo de Peleo (Aquiles), el incansable, el inmortal Aquiles, y en su velludo pecho el corazón dudó entre los dos extremos: o desenvainando la aguda espada que pendía del muslo, levantarla y dar muerte al Atrida, o poner fin a la cólera y contener su furor. Cuando se decidió por lo primero y sacaba de la vaina la gran espada se presentó desde el cielo la diosa Palas Atenea, enviada por la diosa Heras, esposa de Zeus, se puso detrás del Peldia Aquiles y le cogió de la rubia cabellera...».

– ¿Maestro, Aquiles era rubio?

–Sí como la cerveza de Egipto. Pasa los versos del anciano Néstor el de la dulce palabra, el orador sonoro de los pilios, el de la lengua de miel, y lo de “tu negra sangre brotará de mi broncea lanza”, de cuando los dos héroes se atacaron con enfrentada palabras, se levantaron y disolvieron

la asamblea, el Périda se quedó en su tienda y el Atrida regresó por la líquida senda de sus naves a la isla de Tendeos”, de cuando los heraldos se llevaban a Briseida, y por ello, el de los pies ligeros, rompió a llorar junto al canoso mar. Los griegos esperaban un buen presagio de la diosa Atenea, que cruel en maldades se sentía partidario de ellos.

–Maestro, ya es tarde –me advierte mi lazarillo con su voz enquistada en la arenosa garganta-, bien sea que duermas con el dulce Sueño.

No puedo dormir, dormir es dejar la llave de tu casa a tu vecino, tengo fiebre, fiebre de adentro a fuera, me persiguen pesadillas con escenas de asedio en a la bien amurallada Troya. ¡oh Toya la de silenciosas piedras y almohadilladas murallas, altas imágenes de una fortaleza olímpica, cuanta sangre florida en amapolas costó tú obediencia.

Su mayor dolor, y su fiereza contenida se desató en cólera universal, en la mayo de la cólera conocida, a la muerte de su primo Patroclo a manos del troyano Heneas en un equivocado encuentro i desigual lucha.

### **3**

### **EL REY AGAMENÓN**

#### **Canto cuarto**

*Dame tu puñal bañado en corazón  
dame tu palabra bañada en razón  
dame la inmortalidad del sermón  
dame el calor de tu divino sobaco  
y la sabiduría del asco  
y la furia del ocaso y tu aliento ajos*

En la fecunda tierra oriental de la Fenicia me contaron historias del jardín de las Hespérides en Tartessos, el país de la plata y los bueyes donde Heracles, en uno de sus trabajos,

secuestró los bueyes del rey Geryón, ¡ah! del semidios Heracles hijo de Zeus y de la mortal Alcmena de Tébar, el primer semidios: mitad dios y mitad hombre, qué fortuna la fuerza de mansos músculos divinos que separó el mar la columnas de los Tartessos: Calpe y Tarsis.

Lejos quedaron los desafortunados días de mis rapsodias juveniles cuando acompañaba al maestro Hecubio por los certámenes de poesía en ocasión de bodas o funerales, donde éramos huéspedes de los reyes de las ciudades jónicas y del Asia Menor, y de Tracia, y de Calcis, o a Tarsis a las bodas del rey Argantonio, o de cuando fui *cuasi* inmortal como los dioses y vestía con suaves y caras sedas de la isla de Cox, en aquellos días de gloria donde las Piérides o Musas del Olimpo se apoderaba de mi ciencia, de mi habilidad de rapsodas, de mi boca, saliva ardiente, llenaba las gradas de los teatros y en mis recitales épicos en hexámetros adormecía a los despiertos y despertaba a los adormecidos, sí, ciertamente, lejos quedaron los días del asedio por diez años de la bien amurallada Troya por los aqueos, dánaos y argivos, de la cólera de Aquiles, rey de los mirmónidos, contra el gran Agamenón, rey de la flota aquea, vengador del rapto Helena de Esparta por el troyano Paris, de la muerte de los héroes griegos y troyanos y, muy de llorar la del troyano Héctor, el de tremolante casco, junto a las fuentes humeantes del Jano voraginoso, de los días de mis desafueros cuando acudieron a mis ojos la nebulosa de la oscuridad en los campos de Colofón por la picadura de las abejas arracimadas de ciego veneno en el beso de su aguijón, de la codiciada Ilión por el secreto de la fundición del nuevo metal (acero) más duro que el hierro capaz de cortar de un único y mortal tajo las égidas, grebas, cascos y espadas de hierro y las de bronce, del regreso de Ulises, fecundo en recursos, a su reino en Itaca y del ajusticiamiento de los pretendientes, de la muerte de Aquiles.

El rey Agamenón, cruel, valiente, fiero y desconfiado, vengó la muerte de su hermano con desigual batalla, y no supo reinar porque su espada sedienta de lucha no fue envainada.

## LA PATERNIDAD DE LA ODISEA.

**Canto segundo**

*Engañoso Sueño en el Atrida Agamenon*

*persistencia del odio quien lo habita*

*fértil en recursos, ser héroe*

*es mandar guerreros*

*que luchen por ti.*

*Armar a los aqueos con argentas*

*espadas fundidas en Tarsis*

*ahora puedes tomar Troya.*

*y gimió la tierra, le susurró el Sueño.*

Cerraré mis ojos a la doble sombra, a la que llegaré un fatal día, dejaré el harapo de mi vida en la laguna Estigia, dejaré mis arañazos de poder sobre tu vejiga, permaneceré en las cenizas y en la nostalgia de tu vida y de tu llama inextinta, callado y silencioso entre uñas rotas y huesos convertidos en musicales tibias como el sonido caprichoso del céfiro suave, que dulce y perezoso, arrastra cual roce de espigas, los últimos granos de una arena baldía, con un sabor amargo de leche de higuera y el recuerdo, ya olvidado del sexo entre los labios de las afroditas danzantes y los jóvenes cuerpos de los atletas victoriosos en apolíneos cuerpos convertidos. Óh dioses, ¿por qué...? ¿Por qué vivir? Sin la luz, sin la realidad.

Acaso fue mi vanidad, postrero polvo, polvo infeliz, plumaje de plata, la fama traidora y engañosa, la culpable, la osadía de querer ser eterno como los dueños del Olimpo, o, acaso, lascivo y penetrante celo de la gloria de los demás por apropiarme a la obra de los rapsodas homéridas de Quíos, mis discípulos inocentes e ingenuos en la obra leal del maestro, alumnos de la escuela que fundé en mi tierra natal, aquella continuación a los poemas épicos de la guerra de Ilión, aquella obra compuesta colectivamente por mis

alumnos y convertida en las aventura de Ulises de regreso a Itaca. Primero compusieron la Telémaquiada en cuatro cantos, les aconsejé y advertí que los poemas carecían de suficientes argumentos como para ser una epopeya mítica ante el injusto juicio de la ignorante plebe, la búsqueda del padre y el abandono de la madre con los pretendientes era una muestra de cobardía, Telémaco debió quedarse con su madre para guardarla de los ambiciosos pretendientes.

Discutimos con la alegría de la llama inagotable del saber, quedaba otra posibilidad, la más lógica, quizá Penélope envió o rogó a Telémaco con abundantes lágrimas que embarcara en busca del rey, su padre, convencida de que a pesar de los años transcurridos, Ulises, el rey de Itaca, continuaba vivo en algún lugar de la tierra, posada de la noche, desprotegido de los sacerdotes, pagando, quizá con sangre y hielo en el tuétano una culpa injusta y guerrera.

Los homéridas tomaron algunos nombres de mi *Ilíada*, como la del longevo Néstor Nelida en Pilos, Néstor en mi obra fue el anciano en quien confiaba el agrida Agamenón. Las aventuras de Ulises componían el centro de la obra, desde los cantos cinco al trece; pero hacía falta un final con fuerza, apoteósico, fantástico (nada es sorprendente si no es tremendamente original), ejemplar, e idearon la venganza con el ajusticiamiento de los abusivos pretendientes cantos catorce al veinticuatro, quisieron que tuvieran el mismo número de cantos que mi *Ilíada*. Terminada la obra les faltaba la paternidad de un poeta de renombre y prestigio que respaldara su "Odisea", me lo pidieron y acepté, más que por vanidad por ayudar a los rapsodas que tenían necesidad de comer con sus recitales por los zocos de las ciudades.

Sublime obra *La Odisea*, que a mí llegó en el transcurso de una dócil noche de vino en brazos crudos de un joven mancebo, ¿quién activó mi ambición, estupor de mermado juicio en los retenidos brazos de los semidioses? Látigos de furiosa lluvia, brazos que lamen como lenguas de barro, o de lágrimas sin ojos que como música desciende por los arroyuelos de las descubiertas y desnudas sierras de verdes túnicas extendidas al sol, que en mi nebulosa imaginación de

lo irreal se transforman al capricho de los inventados colores, invernales, nevadas, perdidas y absortas por el canto de las perdices.

¿Quién es más grande, la concha del cielo donde habitan la luna y las estrellas que giran en fúnebre noche, o los dioses del Olimpo en su gloria de poder omnipotente de creación? ¿Quién es primero el universo o los dioses? Los dioses cierran ante el dolor humano su corazón blanco de trigo y almendras espumosas. La luz es más poderosa que todos los veloces carros de guerra, que los alados caballos de indestructible crines, las velas de las agudas naves en el anchuroso Ponto, que altas y desnudas olas, ruedan en hermoso pasear de desnudas sirenas, o los halcones más veloces, espías del cielo, cometas negros, más necesaria que el aire compartido que respiramos (la memoria del aire), el agua que bebemos, nace del Febo Apolo, habita sobre los rebaños aborregados de Poseidón, sobre las coloreadas montañas, que alcoba de ciervos, cumbres, donde anidan nubes al pastoreo de Artemisa, es la luz, a ella retornamos siempre para despertar a la vida y a las dudas del destino, invulnerable, incorrupto, despiertan las oscuras raíces de la ira, de la cólera de Aquiles, de los abismos del odio filial y la sangre viril de los guerreros, bajo cuya coraza de oro oculta el débil cuero de una carne corrompida, a la inocencia de los niños, luz con corazón de niño, mañanas en la oscuridad de mis ojos, la luz es inocente y testigo de todo los delitos del hombre mortal, puesto que, incluso, en la noche que la eternidad aprieta, también vive la luz tenebrosa, la luz es un regado de Zeus, el que amontona las nubes, el gran ejecutor, el todopoderoso, el que enciende el sol, el que apacigua a su hermano Poseidón, el que da la vida y la secuestra en el Tártaro tormento, conoce nuestro destino y el día de nuestra muerte, de nuestra entrada en los sagrados umbrales del Orco, de la laguna Estigia de agua desnuda, agua que duerme y grita; pero ese destino como laberinto, que sin retorno elige para los mortales, nos lo oculta por misericordia.

Monedas de oro sobre los ojos, como pago al barquero  
Aqueronte, la sangre desnuda es de la espada. ¡Arde la pira,  
arde mi cuerpo y libera mi espíritu inmortal!

## **5**

### **MEMORIAS DE LA LUZ**

*Nada es la vela sin la luz,  
sólo cera y un cabo de tela...  
Soy fuego, y como el fuego me elevo  
en la pira, que purificadora luz,  
sublime engendra otra vida.*

Cuando el divino Zeus retira, impávido, arrogante, la luz de tus ojos, como lo hizo conmigo y sin mi consentimiento, a los siete años de mi aurora edad, te llenó de angustia y desolación sin nombre, temores y naufragios, lamentos y deseos de morir lleno de pesar y pena, lo hizo como si quisiera protegerme de las negligentes y bastardas flechas, o de los angulosos venablos, de verter en vano de la secreta sangre de mi instinto, del coraje súbito e instintivo, de la lucha cuerpo a cuerpo, de montar en peligroso corceles como olas bravas de mar, de sitiarse ciudades troyanas, de saquear chozas y violar a las sacerdotisas, y ahora, aquí, rehén de Poseidón en esta desolada isla de Ios, a esta edad avanzada de la razón sin presente y sin futuro, con un pasó hacia el abismo breve al Hades, dominios de Aqueronte, comprendo que el gran ejecutor, deja ciega a las criaturas que más ama, que más quiere salvar de los rayos que no cesan de Marte, rayos amarrados a una espada, rayos que rompen las más forjadas armaduras, el corazón que arde en sudor de nieve, a los jóvenes promesas que mejor les puede servir entre los mortales, Zeus desconoce el dolor humano de la desesperación que nos acosa cuando llega la ceguera a los siete años, Él, el gran torbellino de la vida, el gran forjador, desconoce nuestras ambiciones terrenales, nuestros celos, nuestra debilidad de barro y arcilla como una lengua dulcemente infame, rencillas, vanidades..., sólo mira sus

intereses olímpicos, pero y de los niños que nacen ciegos y que jamás vieron la luz, la luz es el camino del peligro, la negligencia, la temeridad, la fuerza, el fuego, el ataque, el valor, el mar, por ello, entiendo, que cuando te priva de ella, no es que te deje débil, sino que te defiende y protege de su bravura y volatizad, de tu ignorancia y credulidad.

Cuando el Rey de los Inmortales me quitó la última gota de luz, esa ceguera que los ojos niegan, me la compensó con una memoria prodigiosa al detalle, las veloces fechas, los nombres y las epopeyas de los héroes, un don paraliza la retórica, la oratoria y la narración, una memoria envidiable, resistente al óxido y estaño del olvido, porque la memoria es más potente que la luz, la luz es volátil, esquiva, caprichosa, vive de y por el color, contigo, consigo, con su yo puesto, sin mí; ¡ay! de las responsabilidades y de las obligaciones de la memoria, la memoria del tiempo, al dotarme de memoria quiso que fuese el gran aeda y rapsoda de los grandes hechos de los guerreros jónicos, aqueos, dánaos, argivos, samios, dorios, cretenses, atenienses, beocios macedonios, tesalatenienses, griegos.

Yo he tocado las aladas rosa que se abren en el rocío de tu corazón, sol con hojas de interminables flechas, he apagado las espinas en mi piel de sentimientos, he sentido como una mordedura la angustia de la fuente sedienta, el agujero donde mora la serpiente, y el beso de la espada de la muerte.

La memoria es superior a toda energía, la segunda energía, capaz de resistir a las dentadura del tiempo, el tiempo de los mortales, no el tiempo eterno de los dioses protectores, alumbra en sí misma, no brilla en las deseadas y agudas lanzas de acero troyano, es tan veloz como invisible en su huida, extiende la mano, hacia ese ¡ay! de tan lejanas orillas en las profundidades del vinoso Ponto, la memoria es lo opuesto a la luz, la primera es invisible la segunda visible, la primera es resistente, la segunda falible.

¿Por qué fue el eligió para la ceguera? Fui hijo primogénito del comerciante importador de maderas Daemón de Meles, en Esmirna, porque vivía en la desembocadura del

río Meles donde tenía industria de astillero, y de una mujer mortal llamada Creteida de Meón, puesto que mi abuelo materno era Meón de Ios, cuando nací y fui alimentado con ambrosía o alimento de dioses, por eso me llamaban Melesígenes de Dameón, por el nombre de mi padre, pero a partir del día en que Zeus me amó y me eligió entre los divinos aedos ciegos me llamaron Homero, que significa "el ciego rapsoda" o "el rapsoda ciego".

La ceguera te enseña a dudar, a palparlo todo, a meditar con profundidad, a no comprometerte, a no compartir, a ser egoísta, a buscar el favor de los dioses eterno e inequívoca.

A partir del aciago día en que se me concedió la divina ceguera mi padre me vendió o entregó como rehén a la educación de un maestro rapsoda, un mentor, del que aprendí la técnica de memorizar poemas, a recitar versos en voz alta, a vocalizar, a conocer historias de héroes y dioses traídas de Oriente, a tocar la flauta y la cítara, a educar el sentido del tacto, mi maestro se llamaba Hecubio de Colofón, conocedor de apasionantes historias del Asia Menor, Las Hepéridas, Tarsis, Egipto, Siria o de la Corte del rey David de Jerusalén, el maestro Hecubio sabía cantar y escribir el silabario en las tablillas de cerámica, grafía que aprendió en uno de sus viajes a la Ugarit de la Fenicia oriental donde conocían y usaban un alfabeto consonántico, mi maestro, sabio entre los sabios, le agregó cinco vocales y tres consonantes a ese alfabeto, con lo cual la lengua Jónica enriqueció en capacidad de comunicación. Fue un hombre digno de imitar que me inició en todos los conocimientos mundanos con el que tenía confianza de hijo.

¡Qué lejos quedaron los desaforados días en que la Musas inspiraban mis poemas, en que las propias Musas dictaban a los rapsodas! Llegué a ser casi como un dios inmortal poseído por la gracia de la gracia. ¡Qué lejos quedó el camino de la aurora y del aprendizaje, el llanto y la lágrima, los viajes marítimos, la sonrisa tartésica, la que mata si te sonrío, y los caminos...! ¡Qué lejos queda el oráculo de Delfos ! ¿En qué desolado centro del mundo vivo,

que la soledad me defiende de arrastrarme en la súplica, agredido, en el latente fuego de las ciudades abrasadas, agresivas e incomprensibles para un joven anciano a mi edad temprana. ¿Qué lejos queda todo del llanto, del gozo primero?

Como los cretenses, ebrios de gloria y orgullo ante la victoria de un premio, lo celebran yendo a ponerse delante del toro bravo, del minotauro cretense, galardón de su puesto en la victoria, se elevan cual alto son, y levantando los brazos, la bestia embiste y de tal impulso que las astas elevan al cretense que salta hasta dar una vuelta sobre el eje de su cintura y cae de pie en la cola del toro burlado.

En ese único y singular momento se sienten como un dios inmortal en su cetro de cal, en altísimo oído, desmontando el ocaso del tiempo, y te hacen creer que bosques de helechos domesticados son rotas columnas de una ciudad desarmada.

## **6 LA MÚSICA DE LAS MUSAS**

*Y mi corazón, una coraza de bronce,  
forjada en fraguas de frío fuego,  
llama a las musas que guardan el  
gusto por al música del mar.  
Y mi boca un florido collar de abrazadas  
perlas, y mi amor marchito como tu olvido.*

El espíritu nació de la podrida incertidumbre, el cielo me pide sus besos dulces, la contradicción y el descontento y todo acto de la voluntad ha de tener su opuesto, por débil que parezca, todo el horizonte extendido con hoz de miedos; pero como el hombre encumbrado de médula quemada, encumbrado en sus huesos engañosos, nacido en un medio vulgar del quien se siente avergonzado de ser ciego y no encuentra respuesta a su deficiencia, quisiera borrar todas los caminos que anduve y desanduve, pozo de latidos

inaccesibles, tuera amarga, pero al que de tarde en tarde se ve obligado a volver a la realidad de la mordedura de la luz, el espíritu reniega de su apagar la deuda atraído por su miedo, atraído por el reino de lo uno y lo divino, lo inmortal y lo sagrado, y lo absoluto y, silencios, al que sólo le puede conducir una verdad absoluta y una voluntad de piedra y un vínculo umbilical; y si el destino urde el hilo del poder en la rueda de un paulatino proceso de confección y absolución del poder del hombre mortal que ofrece su ojo, su carácter combativo bélico de nacimiento, guerrero en la cuna y en el juego y la lucha del día a día ante la espada del trabajo y la secreta herida de su corazón abierto, opción de resolver la decisión.

Ninfas, faunos, sibilas, musas, tuvieron aquí su morada, hombres con médula de árboles robles, nutridos de ocasiones y frutos silvestre y la caza del león de melosa crin de búfalo bajo el indómito yugo del deber. La música de la desconfianza con su silencio interior y el íntimo convencimiento de su incompreensión salva al espíritu de la anodina existencia de su vaso sagrado. Aquí está el ciprés que arroja su sombra a mis pies como alfombra seductora de oscuridad en el centro de la propia existencia...

Durante los días que resistí en Ortigia me sentí agonizar en carne viva, por ello, ante la imposible de la finalización del certamen de poesía, decidí viajar a la pequeña Ios donde tengo una casa herencia de mi abuelo materno, descansar junto al mar plano como un escudo, líquida estepa, cianuro vulnerado de bronce bruñido, estrellas desplumadas sobre el oleaje de quien las pueda ver rodar, su boca sin luz, niñas que me piden besos, ojos con lágrimas por el dolor de saber ver la transparencia de las piedras, sumido siempre en un suave sueño, mortal habitado por media muerte. Y la sonora música de las musas de las olas.

La negra nave con ocelos en los costados cual bélicos ojos de mariposas asesinas, zarpó del puerto de Ortigia hacia Ios, las favorecidas ondas que corrían al encuentro de nuestra corva nave de afilada quilla cual hocico de tiburón puso rumbo a seguro y cercano y anclado puerto de la

pequeña isla en las Cycladas donde las olas se entrelazan por tantas corrientes contenidas y contrarias, líquidas turquesas del océano imperativo e impávido a la aventura de los hombres. Poseidón nos envió robustos vientos, oleajes con la fuerza de los caballos y ellos favoreció que se inflaran la vela sostenida en su mástil, cada vela a su mástil y cada jarcia a su argolla, oí el crujir de los clavos y de las cuadernas de cedro cuando las rizadas olas del mar Egeo se acercaban al encuentro de proa, en el ágil navegar notaba en mi rostro el viento con sabor a algas marinas, espuma al sediento labio, y de vez en cuando llevaba la boca abierta y dolor de mi pecho abierto, todo abierto dentro de mi piel, que es tú piel, gotas saladas a la lengua refrescaba, salpicaduras que agradecía, era los besos del mar en mi boca de despegados labios, labios que besaron poemas épicos, ¡oh!, maldición de los dioses qué injusticia tan grande como olas que se elevan a las estrellas, no poder ver el vinoso mar, la llanura del Ponto, el agua dulce que rodea la tierra, los múltiples tonalidades de los azules y verdes, de los reflejos del sol y de la luna, de las estrellas en el firmamento.

## **7**

### **EL GALENO ARGOS**

Argos es un galeno ambulante que va de puerta en puerta ofreciendo sus servicios a quienes lo solicitan. Llegó al tálamo acompañado de Medeo, mi joven y bello protegido, de la lejana región de Cirse y mis esclavos Marsé y Menor de los que uso sus formidables brazos o sus hombros de atletas, para ir a horcajadas de un lado a otro, ello son mis ojos y mis piernas.

Cuando el recuerdo de unas piezas de plata le llega a la mezquina necesidad, Argos se presenta en mi tálamo con la prisa de un mensajero real, lo molesto de su visita, entra casi sin saludarme ni pedir permiso para tocar mis carnes magulladas por la herencia de un dolor al que nada calma, con ayuda de Marsé me hace tender en una estera de esparto sobre el suelo frío ganado a las rocas; una helada y precoz

sepultura para recordar la fragilidad del purulento cuerpo de los hombres (carne a merced de los años asesinos y al aliento de bueyes de sueños). Mi padecer se debe a mi valor. Soy un inválido de ojos, de piernas, de todo el cuerpo. Me hace quitar las sandalias, que el artesano me hizo asimétricas, toca mi dolorido pecho, luego mira mis pies, necesito una sangría, me coge el pie envuelto en un apósito de lino y, con un pequeño bisturí de bronce bruñido, me hace sangrar el dedo casi inmediatamente debajo de la uña, advirtiéndome primero -temeroso y sin mirarme a los ojos, como la acción de un traidor- que me va a doler un poquito. ¡Oh del remedio de las sangrías! Más que un poquito me ha dolido muchísimo, y tanto es así que llego a temblar con fiebre aguda, sudor que apesta a carne corrompida. Empiezo a sentir en el estómago una succión como si me sacaran agua y aire de las tripas, luego me llega a la cabeza una flojedad, pierdo la luz natural en la habitación, me desvanezco como si el puño que late en mi pecho agarrado al timón de la vida me dejara abandonado en los escollos de un mar de Ulises. Suplico por Zeus que lo deje. Fuerzas extrañas, el retención de los dioses, me impiden el equilibrio bípedo y hasta, para colmo de mis males, aparece un dolor en la rodilla de la otra pierna que completa un adelanto de cojera y, como un perro pegado a la tierra desollando horas, me tumbo en el lecho para guardar reposo. Sufro mucho con los dolores de mis piernas, los tobillos se me han hinchado, y cada vez me cuesta más trabajo caminar.

Para consolarme me habló de su ciudad natal, Tarsis en las Hespérides, junto al gran río que es como un mar. La ciudad de la plata y de los bueyes sagrados de Geryón.

Esta historia me entusiasmó y prometí hacer un viaje en cuanto las fuerzas se hicieran dueñas de mi cuerpo.

Antes del navegar es conveniente consultar el oráculo, y así lo hice, nada debe ser subestimado, ni hurtado a los dioses.

En mi llanto y en mi fiebre, entre el tálamo y la espuma que deja atrás las naves, he tomado agua de rosas con laureles, y tocado la cítara con lágrimas sobre las últimas candelas, las montañas guardan el silencio de las estatuas ciegas, he rezado a Apolo Délfico, esta misma canción vuela, hermosísima joya inagotable de reflejos condenados que aspirar a lo eterno y a engaños los ojos de los dioses. Todas las aguas se desnudan y temen, mi espíritu de hombre mortal se desnuda, gota invisible, se asoma a la oquedad de la herida secreta de mi corazón, en el centro del dolor magnífico. La música me alegra primitivamente, como cuando de joven sentía la añoranza y la carencia de mi madre, cual cervato destetado, necesitado de sonidos que me guiaran por la oscuridad fosforescente, el crimen de aquel arracimado enjambre de abejas de aguijón venenoso que me privaron de la luz y del valor de la batalla, la espuma de los mares y el brillo doloroso de las lanzas, la cólera de Aquiles, de los pies ligeros, has venido a mostrarme el camino de la victoria en la anchurosa Troya, el hierro alado que huye a tu talón, secuéstrame esta noche antes de que me rapten el que amontona las nubes, el sueño engañoso, la carnosa bóveda de los cielos ardientes, desnudos, señalados, piedras de aire y fuego, elegancia de la muerte, el cobre de los ríos caído hacia el mar de azul fingido... Deseo un cuerpo donde arder lleno de gozo qué insegura la luz pretende conocerme del vivir fuera de mí sin voz prestada sin luz en las solitarias praderas del silencio sin agobios de la espera cuando uno ha sido herido por una estrella fugaz y temblorosa rota y temblorosa de paso por Ios uno queda envenenado por el polvo de los asteroides sal rociada sobre nuestras cabezas de metal y crines de caballos y constelaciones de victorias el héroe y su valor la muerte por el momento se ha tomando un descanso

en el infinito abnegado de la resignación quizás me espera fuera del tiempo si es que el tiempo existe o somos nosotros los que pasamos bajo los ciclos de la bandera de la noche a pesar de todo cuando uno ha sido mordido por una estrella fugaz y temblorosa ya se sabe lo poco que uno puede resistirse a vivir estás marcado eres el siguiente si el dolor te da una tregua...

Medeo y Menor, habían salido a las rocas de la playa a buscar mejillones, erizos, almejas y otros pequeños moluscos que el mar arroja tras unos días de fuerte levante, seguro que caminaban descalzos por la playa ojeando las oquedades y pozas, piedras, llevaban un especie de cesta de esparto, capazo de mi difunto abuelo Meón, guardado en la cámara. Hacía días que una insinuante propuesta de comunicación y complicidad parecía ponerles de acuerdo a su inconmensurable oposición de esclavo y muchacho-lazarillo de lo cotidiano, y premeditaron, en un inesperada relámpago imaginativo, que iban a ingresar en un mundo que de alguna manea le iban a ser fortuito sucedáneo de la felicidad, esa mutua complacencia me sugirió la vaga conjetura de que algo distinto a una estafa y más a un crimen habían cometido, goteos de mi imaginación, pues el mutuo silencio después de la muerte de Marsé les acusaba de alguna forma subliminal, que aun sin aprender a abandonar la comprensión de los irremediable, no simulaba, con sus largos silencio, el alivio de la espina que molesta, sórdida incapacidad de la convivencia futura entre de los tres, y lo primero que hicieron los dos fue unirse en su secreto, y abandonar mi tálamo, sentí de nuevo el frío de la noche, y al alivio del deseo, y una fatiga empujada por una sombra de dilaciones, recelos, sin poder explicarle a nadie, ni siquiera a mi amigo Argos. Tras la muerte de Marsé, y cuando regresaron del ágora de Ios, ¿qué pasos habían dado?, no se sintieron aturdidos ni por al vértice de la tarde, ni cuando se llevaron el cadáver para enterrarlo, pero mi olfato cervuno, furtiva alarma con que se cruzan los días de la desolación, supo intuir o presentir de una forma de efímera certidumbre, anormal y casi providencial, sueño de dioses, pues cuando al día siguiente se despertaron en el

alba, bajaron a la playa sin un atisbo de preocupación, sin recriminar lo sucedido ni sollozar de verdad, gozando los despojos de un vacío urgente y triunfante, grieta del sortear, pero yo no tenía pruebas, y temí en una inerme pesadilla, que la próxima víctima podría ser yo, y ahora, casi con la solución de un todo, comprendía lo del oráculo: "*cuídate de los jóvenes*".

Indefenso ciego en la casa como el que cohabita cobardemente con su asesino, inerme, la mano que sostiene la daga de la ejecución, del infortunio, esperaré oportunidades más seguras y favorables y fortificadas ocasiones, no vaya a ser que me también acaben conmigo, aunque no temo a la muerte, quizás, sea conveniente morir con un veneno mortal, muerte dulce, o agonizar bajo estos dolores. Para prevenir de su proximidad silenciosa, he colocado objetos que suenan a la vibración de los pasos, sonidos que ellos no perciben pero sí mi perfecto oído.

Los cobardes ojos, anegados en látigos de oscuridad, cual el polvo que perdió las alas de la mariposa para su vuelo, así estoy yo, atado de ojos y pies al amparo de los infieles servidores que la desconfianza desatan.

## **9**

### **DE LA NAVEGACIÓN**

La navegación siempre es favorable después del solsticio de primavera y a primeros del otoño, a pesar de las recomendaciones para los argonautas, a veces, el ancho lomo ecuóreo se cobra sus preciosas recompensas, el precio del paso, otras veces es suave como el lomo de un cabrito, como la piel de una manzana, la cara del hacha, la madera de cedro pulida. Cuando Poseidón dobla su cintura hacia la calma, la mar endulza sus aguas, otras veces, se alabanza turbado y ruge con bravura de toros en la dehesas perversas, toros negros

de Creta, no se le debe perder la cara, siempre se le ha de mirar de frente, al horizonte orgullos y rectilíneo sin llevarle la contra ni hacerse el valiente. Los ríos depositan sus limos, granja de los animales marinos, consuelo del viento, abrazo de luz insaciable, caricia de los cielos, estallidos en la niebla, qué lejanos tus horizontes, terquedad de las incansable e infatigables olas, la oscuridad de las profundidades, enigmas sin fin, el vacío de las grutas, el sueño de las aves, caracolas cantarinas, jubilo vital, tras la marea llegan los náufragos en silencio de siempre, Poseidón rencoroso.

El navío cretense cargado de ánforas con aceite se hundió en la punta de Calpe según se dobla en la playa del Delfín, donde siempre varan los delfines locos, todo los tripulantes murieron, a los pocos días salió a flote grandes manchas de aceite de oliva verde y brillante, y que las gentes de la costa recuperaron con orzas de barro, también salieron flautas de madera de encinas y algunas cítaras, los cretenses son los mejores constructores de estos instrumentos, cerca de la piedra isla Tarquina, cerca de Ilice, donde se sientan las sirenas a esperar a los náufragos, flotaban también enseres y aperos, pero lo más asombroso es que apareció, salvado del naufragio un potro blanco, son muy difíciles de domar cuando se han salvado de un naufragio, Zeus los protege contra la doma, quiere subirlos a las estrellas para arrastrar el carro de las matutinas mañanas, cerca de la Pléyades y de Orión, pero es que hace cuatro lunas también se estrelló otra nave a remos con esclavos que se dirigían, seguro al cercano mercado del Algar, puerto donde se venden los mejores esclavos etíopes, fuertes y resistentes al calor. Del naufragio se salvaron diez etíopes y se ahogaron todos los remeros atados a sus argollas, cuando salieron algunos ahogados parecían atunes gordos, de los que caen en el laberinto de la almadraba de Gadir, los atunes salados se envían a Atenas, que es el mercado donde mejores precios alcanzan.

Koailo, el mercader de púrpura, es el hombre más rico de la isla de Ios, tiene diecisiete hijos de diferentes mujeres, posee vacas, mulas de carga, cabras, naves y secaderos del caracoles de la púrpura, pero vive en la modestia sin hacer

ostentaciones de su riqueza, hace sacrificios en el templo y lleva la cabeza gacha, en actitud humilde, alejándose de los envidiosos, hace muchos años, pagó de su bolsillo una expedición a las Hespérides, en busca de los caracoles de oro que aseguran ciertos navegantes haber visto en las playas, la expedición no regresó, lo cual nos demuestra que encontraron los caracoles de oro y cambiaron su fortuna o perecieron en una tempestad.

Mar de huidas y llegadas, mar que no protege nada, escribir de ti sin que lo agradezcas o lo impida un momento de recuerdo, céfiros corrompidos de múltiples ahogados, Ulises perdido, el aliento del hierro muerto, de la espada viva y sangrante de los potros indomables, Agamenón domador de caballos y de hombres, ¡oh dioses!, ¿qué marchas me trajeron a esta isla a morir y qué débil es la espada de mi poesía para defenderme de las últimas hogueras en defensa de los lobos de la larga y eterna noche?. ¿Oh dioses! cuánto tiempo se tarde en morir en estos acantilados de lodos y cenizas de un volcán abierto, tierras hoscas y vegetación avergonzada.

## 10

### LA CIUDAD DE TARSIS

*El mal se acerca, porque tú te alejas,  
La sabiduría la enseñan los rústicos  
pastores, y hoy celebramos  
llorando la ciudad que quisimos tanto,  
Tarsis como Troya la bien amurallada  
ciudad de la plata, y del triste canto de  
Pérgamo en Geryón convertido.*

Marismas como tierras que el mar invade, salino y blanco mar, viejas torres vigías en el puerto de la ciudad de Tarsis desembarqué un día de pasión antes los fornidos argonautas que Poseidón protege y lanza a la valiente

aventura marina. En el puerto los norays, donde se amarran las naves, son de plata maciza, los hombres poderosos llevan sobre sus cabezas ricas joyas de oro, brazaletes y corazas de plata, sus perfumes confunden a los hombres y la princesa Eritrea poseía el don de matar a los hombres con sólo el poder de una sonrisa.

La memoria es delicada como una mujer, si la cuidas bien te sirve, si la maltratas te abandona. El Carro de las estrellas es buen augurio. Han pasado dos días desde que llegué a Tarsis. Quiero ir al templo, no puedo caminar, pido a mis esclavos que me lleven en litera, por el camino oigo algunos insultos pronunciados por mujeres contra el hombre que se oculta en litera, como es de costumbre, izado por fornidos brazos de esclavos portadores de aristócratas o ricos comerciantes. Si duro fue el camino de ida peor el de regreso.

No me apetecen los alimentos, me trae aceite de salvia, zumo de limón y maceración de romero. No puedo ver su rostro de profeta, ni su cara donde anidan ojos de niño, melancolía de una fiera tras las rejas, que dejan pasar su mirada en añorada libertad. Me pide que comente con él algunos poemas, los necesita bien acabados. Se lamenta de la pérdida de su condición de salvaje, ahora es mudo poeta, presta los ojos a su cuerpo como un adorno o una ajorca, por ello, como la fiera enjaulada, mi galeno mira con un brillo que no dice nada, sin atravesar las dunas del asombro, la soledad del niño entregado a la orfandad impuesta por un cuchillo en la madrugada por robar madurez a cada día que se le escapa.

Tarsis, al otro lado del Ponto, en el fin de la tierra, donde los dioses descansan de la brega, es la nueva Troya, la deseada, el provenir de los argonauta, el jardín de nata y almendras de espuma, la leche y la miel, el trigo y los bueyes de agua.

¡Oh!, destino de mi juventud, rapsoda de las naves que cada dos años regresan con sus riquezas, el cobre, la playa, el estaño que como un secreto guardado de los dioses, entregó a los guerreros para forjar armas en las coléricas

fraguas.

Un largo y lazo foso rodeaba Troya, era como una lengua de mar que lame la ambición de aquellos que intentaban profanarla con sus oxidadas lanzas y sus caballos que han perdido las podridas crines de sus heroicas danzas. Tarsis se refugia en amplio río amplio como un mar.

El vigía avistó el pequeño puerto de pescadores de Tarsis, y a la voz rota e imperativa del patrón se iniciaron las faenas propias de la arribada, las canciones de algunos marineros dejaron de escucharse como una nostalgia de quien regresa a la casa del padre, la carga general oculta en las bodegas correspondía a las propias del cabotaje: aceite, vino, caracoles de púrpura y esclavos, y mi equipaje. Cuando la nave atracó en uno de los espigones se notó el golpe lateral de la nave, tras prudentes maniobras a través de los botes y barcas, naves y falúas, se oía los gritos de bienvenida de los ociosos en los muelles, y al bajar por la tabla de abordaje guiado de mi lazarillo Medeo me relató con palabras veloces, tropelía de lenguas, que la ciudad, por el ocaso, se alumbrada de antorchas, los bueyes de tiro hacían resonar las ruedas de las carretas, y por el olor a podridos excrementos percibí la cercanía de un grupo de esclavos, lodazal, sin el cual los reinos no podrían sobrevivir, pues el trabajo manual denigra a los hombres libres. Luego descargaron a tierra mi equipaje, mis dos esclavos Marsé y Medeo buscaron una litera para sacarme a hombros del puerto.

La ciudad del rey Geryón, antepasado de Héctor y Paris, el secuestrador de esposas, el cobarde, el arquero que hirió la parte mortal del invencible Aquiles, príncipe de Pitia, rey de mirmitones, rebelde contra Agamenón, incansable, ejército en un solo hombre.

Troya, la rica y deseada ciudad, la codiciada de los griegos, la que está a la ribera del mar, centro de mercaderes, riquezas de los dioses. Troya, Ilión, y Tarsis en las Hespérides, jacinto del mundo, foso de defensa, puerto en las rocas que un espigón penetra en la sabiduría de las olas.

La memoria se oculta en la lana cálida de los siglos y permanece alerta hasta saltarte al cuello débil con colmillos de fieras hambrientas cual acechante león de Citerón cazador por instinto y a la vez cazado y domesticado por el rompecráneos de Heracles y despellejado por el héroe de los doce trabajos. Heracles y su íntimo amigo el joven Hylas.

la memoria es el mayor de mis enemigos cuando he de recordar que nombre soy un Homero, un aedo ciego, hasta que, por malas artes de la condición divina, fui desterrado por amor a esta ciudad de Ios, cercada de almenadas murallas y bullicioso ruido. Mi lazarillo me anuncia que el ocaso tiene un cielo herido de luz suspendida en sí misma, en el ocaso se puede ver la verdad en mi piel, se traslucen el violeta de mis venas, se puede cantar en mis carnes mis sueños y pesadillas. El arte de la poesía es la única forma de vencer la muerte, instinto de magnificar al héroe y a las divinidades que todo lo sustentan sin abandonar su olímpico exilio. El arte está condicionado al gusto de la época. En esta isla atracó la flota del valeroso Eneas camino de Cártago, el que salió de la incendiada Troya llevando a hombros a su anciano padre, el que tomó la espada de Troya.

Dónde estoy que no vaya mi perdición a buscar, tu destino en el mar y mi vocación el dolor. Qué delirios transforman mi mente, infeliz Dido, ahora lloras su perfidia y su desgracia, se entregó a ti bajo promesas de matrimonio, estupro, Heras cómplice de tus desdichas, alaridos en la encrucijada del mar, furias vengadoras, sin miedo a los peligros que te rodean. Enloquecida por la desesperación, vencida por el dolor, inerte ante el destino Dido resolvió darse muerte cruel por envenenamiento de plantas ponzoñosas cortadas a la luz de la luna, más el cuerno de un potro, la sangre de un ciervo cazado ante su madre, una cabeza de sapo, majado y bebido, después de esta afrenta, antes de morir, Dido se preguntó, ¿seguiré a la flota de los troyano, exponiéndome a no ser más que una esclava para

ellos? Feroz en su espantosa resolución, agitada por un temblor convulsivo, hosca la mirada, los ojos inyectados de sangre, baba verde en la boca, lengua incomunicada, desenvaina la daga, la tiende sobre el tálamo y se arroja encima de ella, resuena doloroso clamor, la reina de Cartago ha muerto, silba en su pecho la herida, busca un pedazo de cielo y ayudada por Hares huye a los aire.

No había nada tan sublime comparable a mi llegadas a Ios, cuando regresaba tras mis múltiples viajes, siempre me esperaba mi amigo y poeta Creófilo que me ofrecían "cera", una bebida fría fermentación de cebada y cebolla hervida con miel, los siervos que cuidaban la vieja y desvencijada casa, que fue de mi abuelo materno, me recibían con algaraza, bésames, y hasta besaron mis sandalias y mis pies en muestra de bienvenida y hospitalidad, mis vecinos me saludaban con alegría , luego cenábamos en coro, yo una pieza de fruta pues el viaje marítimo me producía, siempre, cierto malestar, comía u procuraba alejarme el vino con agua, el queso y la carne. Al final de la cena me pidieron que recitara algunos poemas. Me sentía en el hogar acomodado de la cálida ciudad hospitalaria, como en la Itaca de Ulises. Sé, de una forma consciente que será mi último navegar, mi último llegar glorioso. Al conocer mi amigo de mis dolencias me hizo su huésped y quiso que me alojara en su casa de la ciudad, renuncié quería reposar cerca del vertiginoso acantilado donde el mar abofetea la costa, Creófilo hizo llamar a mi cautiva estancia al conocido galeno tartessos al que llaman: Argos, el genio que calma el dolor, el artista de la cirugía, y tal vez el más querido en Ios, un sabio de rostro estático y ecuánime que trajo de la Tarsis de los turdetanos, en el jardín de las Hespérides, grandes remedios concentrado en plantas medicinales de las que crecen poderosas en las laderas del Nevado o las marismas del gran río donde pactan los bueyes sagrados de Geryón. Me aseguran que es hijo un príncipe d Tartessos y de una mujer con poderes sobrenaturales en su sonrisa, una diosa.

Sé que he venido a caer como la pluma del ave que dulce cae, a cerrar el prodigio fuelle de la boca, yerba humilde

y sin raíces, vid carnal y profunda en la fosa de la tierra de helena mancillada y secuestrada; lo presiento como el trueno y la tormenta brava, por las dolorosas heridas de mi débil corazón encarcelado en mi cuerpo que, irremediablemente, se abrirán en las murallas cuadrículadas de mi débil y asediado cuerpo y me tienen acobardado en el cómoda tálamo: cuadriga sin caballos alados, montañas de fuerza contenida, équidos de Argos, mi galeno de ciencia errada medicinas, aplica sus hierbas mágicas y curanderas, la yema de huevo con ajos, cual ojos que vieran; ioh del fruto datilado de las palmeras, de plantas medicinales que en secreto guardan los remedios de la sanación!, el barro, sabias en sí mismas como si la tierra madre quisiera transferir su sentido de la vida y de la fuerza de protección a las plantas, a través de las raíces (lengua a lengua), oscuridad de los abismos, nada cura la ceguera, ni el mal de los años.

En Tartessos aún recuerdan las hazañas de Heracles.

## **12            A MULTIPLICIDAD DE MIS AÑOS**

A esta edad del encuentro final, todo final es, a su vez, un principio infinito, los remedios de plantas o sales (herramientas de sabiduría y curación) han dejado de embriagarme, de sedarme los gritos que se refugian en los rincones ocultos de mi casa, han perdido la gracia de sanar y ya no me halagan como antes y cuando algo material o espiritual ha dejado de servirte se convierten en incómodos esclavos rebeldes y asesinos, toda mezquindad se hace fuerte ante lo débil (una piedra en el suelo es vulgar, por el contrario, si se coloca sobre un pedestal recibirá adoración). Nada me curará de la enfermedad hereditaria de la vejez, de la muerte próxima: la mayor de las mentiras, se me ha caído la fíbula de bronce que sostiene mi raída túnica o peplo; los talismanes o piedras mágicas no ejercen ya sobre mí sus efectos protectores, ni palabras de aliento que, a veces, consuelan al prójimo, no valen a mi desconsuelo. Oh de la savia del mar en mi cercado corazón latiendo con dolor de

tambores, abierto al consuelo, al aliento que ha del volver al pecho, eco de la promesa de lo eterno, e Olimpo de lo mortales, el consuelo del misterio de lo celeste, intacto al cambio, inconmensurable aliento, frío polvo de la luz, dolor de la oscuridad, mi oscuridad eterna y mis luces me conducen fuera de la espesura, me falta confianza en la espesura de la selva de los sentidos ordenado y desordenados, sinestesia de los sentidos, hombres y sueños de torrentes inteligentes... ¡oh dolor!...

Divinamente concebido el hombre, desde el principio del conocimiento, íntima necesidad, volver es siempre preguntar, temiendo la respuesta, dominado por la divina realidad de los dioses y el destino que no se puede cambiar, realidad en lo terrenal, verdad en la realidad, heridas sometidas a la necesidad de la salvación, ordenemos las preguntas, configuremos las preguntas en la capacidad limitada de conocer, buscar la realidad, el conocimiento es la realidad, la herida abierta en la realidad, el dolor es la verdad de la realidad, titánico dolor de mi corazón, inevitable error de Dido, el hombre retenido en la terrena insuficiencia, destinado al espurio desengaño, a la venta de un niño ciego, inútil cualquier esfuerzo, pasado infructuoso, futuro sin esperanzas, el desengaño de una esperanza puesta en mala senda, ¡oh!, por más que todo esto debiera acabar pronto, el inicio de un paso sin vuelta atrás, atravesar la maleza de la selva que conduce a las tres Hades...

### **13**

### **AMOR SOLITARIO**

Vivimos dispuestos a soportar un dolor rápido, si con él se consigue evitar un dolor lento y prolongado: extracción de una muela. Los ojos de Argos auscultan minuciosamente y con detenido encuentro mi deforme dedo rojo, como quien

observa a un mal bicho o a un ser nuevo al que hay que ponerle nombre porque ha sido recién descubierto al mundo de los hombres cultos. Digamos que me siento asustado por la incertidumbre, con temor a que su silencio nombrara el anuncio de una rara enfermedad incurable peor que la lepra. Señalaba mi dedo gordo respondón con la autoridad de un maestro ante el alumno que no obedece. Argos finge muy bien, te ilusiona con su palabrería y las medicina que ha traído de aquellas ricas tierras al otro lado del Gran Mar donde la piel de la plata se extiende por las calles como adoquinados relucientes. ¿No es acaso la soledad misma una de las formas metamórficas del dolor?

Agua y naufragios, fuego, islas, piélagos, cielos, nubes migratorias, Naxos, dedos con tristeza llenos de deriva, cargados de signos, remos, espadas, el filo del frío gélido y el calor de la fiebre ardiente, las paredes de la casa se juntan estrechándose hacia mí, vecindad, en la boca el sabor de la tuera y de la tierra reseca descargando lenguas bífidas de víboras que no corren y sestean en las umbrías húmedas de la noche y del olvido, cielos sin nivel, sangre como humo que se eleva como danzarina, la luz se amontona en unos rincones que bostezan desconfianza, las diosas bordando destinos y preguntas, los fatigados amantes en la piltra, el vuelo del ave herida de angostas alas, el fin del dolor de lengua del rapsoda, la oscuridad abanica la tela de una lágrima fingida, oscura misión del ciego, me silban los oídos, una canción vuela desde la calle, tu canción, terciopelo ajado, romance antiguo de los hoplitas, guerreros de la deuda y del honor, cuando tú eras magnífico rapsoda, garfio de lengua amarrada y cortada, tú tenías los ojos brillantes de oscuridad, cambiados hacia la luz negra y última, albergando párpados temerosos del ojo de los arqueros y el silbar de sus tensados arcos, y la flecha que sale de su latente cuerda en huida de muerte hacia el centro de un corazón hambriento de gloria, destino de muerte, el inferior mundo de los que ganarán la gloria de Zeus y el perdón su atrevimiento por intentar ser inmortal, serviles como espejos de bronce pulido, la puerta de la eternidad se abre, se cierra, se vuelve a abrir tenida de un

azul torpe donde los sentidos de la vida ocultan el espacio y el tiempo, el tiempo que no tengo, la providencia que me señala el vuelo de las aves que emigran hacia Quíos, la isla de mi otra vida.

## 14

## LA SATERDOTISA Y EL AYUNO

Ayunar es ir en lastre constante como una nave, con el peligro del mareo amenazador, que es un ser sobrenatural que te persigue en lucha oscura para sumergirte en sueños leves, pesadillas de gula de la que nunca bajas de la higuera de las brevas negras. Mi rico exceso de peso se lo achaco a mi olfato, en cuanto huelo la comida me entra un hambre de acoso insobornable. Siempre forjamos promesa, despreciando nuestra falta de voluntad, de que vamos a aceptar una dieta, sobre todo cuando nos hallamos hartos de comida y nos sentimos culpables de haber pecado con las delicias de algunos dátiles en los postres o en una reclusión del gusto. Me han prohibido el vino dulce de Heldón, me han cerrado las espitas de las ánforas de vino, precintadas como las puertas de una ciudad asediada por un ejército invasor, ese vino aplastado en la boca que parece sol encerrado en ánfora al verterse sobre el vaso carquesio. Al beberlo, el primer sabor te hace sentir el placer de estar en la cuna, luego baja la depresión hasta el estómago y en él te deja un ardiente calor, como un vértigo, una sensación casi privativa de soberanos, seguidamente alcanzan a la razón, que grava la lucidez, y enturbia los sentidos y te hace olvidar la mala experiencia anterior. ¿Tendré voluntad?, me pregunto. Luego me lo prometo siempre, en esa promesa empeña uno su palabra de honor como una joya ante el prestamista (mientras más grande es la promesa más terrible es la deuda). "No beberé más que agua de la que recojo de la lluvia directamente cual soberano con miedo a ser envenenado". He renunciado al placer de comer la carne asada de cabrito sangrante sazónada con especias de Asia, las huevas de esturión salado,

al paté de faisán, aves salvajes, tortas de harina de trigo con sésamo y cayena. El apetito es cómplice de los goces, mientras espero el beso corto del plural de los días.

Argos, además de ser buen galeno es un gran charlatán, cualidades que heredó de los mercaderes de Tarsis por el Mediterráneo. Como todo buen galeno, y esta cualidad es, en definitiva, su oficio y su vocación: la del falso aliento, la falsa esperanza, el engaño sutil, la promesa de mejorar; cree que la enfermedad se cura sólo con la medicina del tiempo. Argos ve el interior de nuestro corazón, comparte nuestras vidas, y yo parte de la suya. Se educó en Tarsis, ciudad junto al gran lago que forma el río Tartessos, próximo al mar, cuando mataron a su padre, el príncipe de Caramkolo, huyó de Tarsis con su madre la mujer de la sonrisa tartésica, y después de deambular diez años por las ciudades del gran mar, se instaló definitivamente en esta ciudad de Ios. Me dramátiza su vida:

<<Hijo, qué violento rencor te enciende en colérico arrebatado, qué del amor que me tenías, qué de los años que de infancia te di, qué de cuando te protegí de la furia de los dioses y de los reyes tartesos, de los héroes y de los codiciosos, para que ahora te vayas de mi lado, mira cómo llora tu madre de sufrimiento que tú le provocas con esos llantos.... >>.

A la vez que él habla, mi mente volaba a las palabras de mi madre aún resuenan en ese regateo contra mi padre ante mi partida, tenía siete años, me había quedado ciego, era inútil, no podía ayudarles, mi porvenir era ponerme un manos de un maestro de ciegos. Mi padre me vendía, y ella, mi madre, en nada podía hacer en contra de la voluntad de mi padre... Lo hacía por mi porvenir. En cambio yo no lo entendía muy bien, cuando ella me besó aún recuerdo el calor de sus labios en mis mejillas el aliento airado de dolor. Aprendí a tocar la cítara, a cantar tocando la superficie de las tablillas, perdí el miedo, no tenía tiempo a quejarme ni de llorar, me hice fuerte, mi mentor, era ciego, con el viajábamos cinco jóvenes aprendices, tenía fama de duro, no tenía compasión con los ciegos, no me dejaba parar, siempre

estaba cansado y dormía mucho, viajes y ciudades se repetían, creo que recorrí todos los mares y todas las ciudades. Aprendí a escapar de las rameras, de los ladrones de tabernas, de la espada de los guerreros borrachos.

## **15**

### **LOS ARGONAUTAS**

Oh mar, honor de tu vientre, superlativo líquido piadoso de mi destino, tuyo serán mis días en la ansiosa espera del breve campo de Neptuno, en tabla redimidos de fuertes remos, naves de la debida muerte, que ser quiso, en aquel peligro intenso, ella el forzado y su guadaña al remo excesivo, lengua que el mar bate, el frágil tejido de tu túnica añil, bóveda de coronas reales en la iluminada noche del métrico regalo de la noche, a merced de un lazo en la escondida selva. Tenaz diente de ancora que en la rada detienen naves de corvas popas, las que en otros años vieron tierra de Heperias, germen del fuego de la victoria de unos aventajados argonautas, guerreros de firme deseo, consagrados a los remos de enemigas olas, naves que ocuparan anchos espacios madera en flotación como una apagada pira. Y en avistando la montaña costas buscaron novillos que no conocieron el yugo para hinchar de cuchillo su fiero corazón, en sacrificio, honor que merece el imperio Destino, oculta tras la niebla de la verdad.

Nocturno altar del cuerpo vacuno en llamas, en la sombra del olvido, aúlla la profunda tierra donde un día de rocío brotó el roble, el cedro marino, el tejo del arco y los vestidos árboles. Su fama no, lapidarias piedras desnudas no, bajo la amenaza de impíos buitres, que, circundan yermos cielos sin avaricia de nubes. Y en la dulce lisonja el divino Apolo .

Sois castigados a los montes de agua y a los piélagos dorados que lo sienten, crepúsculos pisando la tarde entre los dientes que aguardan veloz el bocado de los mares furiosos,

irritados, declinando hacia el breve resplandor de un remo que nos aleja del incierto cabo que anuncia el puerto y la rada cohabitada por peces que no conocen la ira de las quimeras marinas.

## 17

## LOS ESCRIBAS

¡Ay de los traductor y escriba independiente de Esmirna!, antes me llamaban arquitecto de la palabra en la ciudad del libre comercio bajo el código del rey Hitran, me pidió que fundara la escuela de traductores y poetas. Lo hice con gusto. Ahora vienen mercaderes, marinos, agricultores, pastores, soldados para que confeccione testamentos, contratos de compra y venta, mensajes y traducciones, en cinco lenguas: jónico, eólico, griego, cretense e hititas. Sin embargo los males de la edad han conseguido reducir mi actividad de enseñanza, mi atención personal se ocupa por entero al cuidado del maldecido dolor del dedo gordo. También he abandonado mis investigaciones de perfeccionar y crear una escritura que sustituya a los pictogramas por fonogramas : un signo para un sonido. Nuestra lengua nos limita en el pensamiento y en la idea, busco algo que simplifique la escritura para conseguir ahorrar tiempo y abaratar los costes de tablillas de arcilla, estaños o papiros del Nilo y estilo de marfil. Creo haber descubierto una escritura alfabética, para abandonar la ideográfica, que es limitada en signos. Me encuentro ante la clave de un gran hallazgo: la de usar un alfabeto de 24 caracteres, las posibilidades de combinación son infinitas. Para mis nuevas histroias apliqué el oído en los zocos y puertos en busca de palabras nuevas, porque muchas las inventan cada día las gentes para nombrar sus mercancías, me dediqué a coleccionar palabras. La palabra es la mejor herencia que dejamos. Deberíamos ser capaces de escribir la palabra, el pensamiento, la idea, el tiempo.

Me propongo mejorar la lectura o debería decir detectar con las yemas de los dedos los relieves de la escritura sobre

las tablillas, para revisar la verdadera historia del rey de Príamo y su corte en Troya, y no aquella historia arreglada que me contó mi maestro, una historia a su medida, para agasajar a los oyentes de los mercados y circos.

## **17**

### **CULTIVAR BARBECHOS**

Impelido ante la desnuda perversidad de los hombres, cultivar barbechos de olvidos y rencores, de mi padre, soledad de los torbellinos del odio y de la guerra de Troya amurallada por dioses, las pasiones buscan la certera muerte, que nos conduce al amino interior, al destino descubierto, al Hades. Metal que el batir del martillo endurece como endurece el tiempo de miseria, el tiempo de la mentira y el hambre del poeta, duro como el precio del pan ácimo, duro como el alimento que ensaya alegría en el estómago cuando furtivo como el que huye. Hombres ávidos por la plata, el oro, el comercio de mercancías, el saqueo de las ciudades, la toa de esclavos y rehenes, arde la codicia en crátera de oro, pronto se les atraganta todo y llega el dolor de pecho. Los sonidos son más seguros que la luz, los sonidos te marcan el camino recto de la salvación, la divina música de las musas del Olimpo son inolvidables, te renuevan la memoria de los años pasados, aquellos alejados años de mi juventud cantando poemas al son de la flauta en aquellos certámenes y juegos, en que se lucían las palabras y la preguntas sobre la inmortalidad, los designios de los hombres –lecciones que tuve bien aprendidas por mi maestro y mentor Hercúleo de Colofón,

Medeo está cerca, por la forma de respirar aseguro que está leyendo, no digo nada, cuando cierra la ventana es porque ya no ve, la tarde se fría, se iniciaba en el pequeño huerto levantando humedad de niebla tardía, agriamente erizada de lluvia frecuente en esta época del otoño. Marsá, el atento esclavo, me ha servido un vaso de cerámica con infusión de tomillo con leche de cabra tibia ( he prohibido las comidas caliente, tengo miedo, como no veo el humear de la

sopa me suelo quemar el paladar), tenía un sucio olor a barro, y una rebanada de pan se deshace despacio en la boca. "Cómeselo usted todo, que es pan de verdad a media pieza de plata la onza, lo trae el panadero ambulante de Ios". Delicia de pan con infusión de tomillo y leche, el vaso es más pequeño que una cratera, no tiene asa, parecía nuevo, los bordes finos, un trozo de lino para secarme la boca, estos son cortos momentos de felicidad, ¡qué es la felicidad me pregunta siempre, y qué decir de la sabiduría, la justicia, el mayor don del hombre.

Toco con cariño las leales cosas que siempre me han pertenecido buscando en ellas la profundidad del recuerdo, de su esencia, su cariño, posibilidad de una delgada huida sólo accesible para las yemas de los dedos y la memoria, y la fina presencia del lino cocido, la curvada cerámica, su peculiar temperatura, su fragilidad, el secreto sabor del tomillo con leche o mejorana, el triclinio y su seda, necesito tiempo para descubrir mi propio secreto en el paladar, el olor del mar a salitre como prolongación de la intemperie y de la fría niebla de la tarde ladradora con los perros guardianes de nada que le pertenezca, lacayos del amo, donde lentamente iba emergiendo el huerto de la misma selva, la higuera y el olvido salvaje o acebuche, seguido el crepúsculo aletargado del sol cuando persigue a la noche de todas las noches y de este dolor que se repite en mi pecho, impetuoso al dolor, impelido a la cercana noche. Suena el romper de unas ramas lejanas, seguro de pisadas de hombre, es tan tarde que ni Medeo ni Menor lo escuchan, el sonio de los pasos suponen el acercamiento de lo desconocido, del miedo, parecen anunciar una amenaza de ladrones. Llamo a Menor, le pido que vigile la senda, me dice que los pasos son de Argos que viene a la última vidita, mi corazón parece en calma, el pie resentido de la última sangría, está callado, y el que calla enigmas ocultas y presunciones tiene; tras renunciar a toda acción y reclusión en un escenario sin cambios ante las supercherías de los que sanan buscará ese último estadio de la indiferencia que no está legitimada con las palabras ni en las razones de consuelos, qué razones, no serán instintos, la insalvable

escisión de los hermanos, de los padres espartanos con los hijos inútiles. Un yo roto y desconcertado, palabras de consuelo, sangrías polvorientas paz, treguas de los conceptos, del cuerpo dolorido y gastado de años, todo monólogo será el que yo rompa ahora mismo, príncipe de los objetos que difieren entre sí de las ideas de los mismo, todos tienen en común el ser de una misma clase, cicladas unidas a la energía de sus vidas en Poseidón, que se manifiestan en el espacio en la cantidad de satisfacción que proporciona su propia situación, en de la energía del ser, duración del placer que proporciona el ser y la energía de no deseo.

En el altar de mi casa he mando que arda cual llam de una fuente, permanentemente,

*..el sagrado fuego en una lucerna,  
en honor de los dioses piadosos,  
luz como chisporreante susurro,  
la silenciosa voz de la luz en llama viva.*

Argo me recuerda que no ha olvidado el encargo de investigar la muerte de mi esclavo Marsé, se extraña del interés que nuestro por un esclavo muerto, se compra otro, me dice, pero cómo explicarlo, es más que esa propiedad que perdemos por robo o avaricia. Siento súbita alegría, cómo explicarlo, cómo transmitir tanta emoción, cómo se puede pasar de la tristeza a la esperanza, del dolor del hilo de la vida que se corta a la claridad en las tinieblas de la confusión, nunca sabremos si estamos vivos o muertos, o hace tiempo que morimos y no lo sabemos, y el presente es un espejo del pasado, hay quienes piensan que siempre estamos muertos, y de en cuando despertamos. Hay quien se corta la barba con la hoz de cortar los trigos y las cebadas, en la creencia de que el instrumento fortalece el objeto. El campesino ha de ser fiel a sí mismo, el camino de rosas es una mentira, los mortales somos siempre los agonizantes, debemos asumirlo, los que tenemos el rayo de Zeus medio dentro y medio fuera, somos unos afortunados, la torpeza infinita de vivir, lo mejor para el hombre es no nacer, para qué, para vivir siempre en la rueda, para un instante de felicidad, la norma es el fatalismo constante que nos estrangula, mirar al cielo con la

esperanza del ordeñar nubes, sin un golpe de suerte que nos agarre en la rueca que hila el destino del hombre mortal, nada parece augurar que esta vida cambie, los héroes nacen de la mañana a la noche con un golpe de suerte, y al día siguiente pueden caer en desgracia y se le acabaron los contratos, ser llamados para los juegos y festivales. Soñamos en una esperanza que parece imposible perder al capricho de los dioses, árbitros de nuestros destinos, soltando certero el cesto del puño del pugilato, Amico invitaba al pugilato a todo los que llagaban a su isla, si los vencía o no era lo de menos, con esa demostración, lo que quería era ahuyentaba a los cobardes.

## **18**

### ***EL SER Y EL NO SER.***

La Aurora del siguiente día, aliento de un renacer, brotar de días, aplauso de rocío, con la luminaria de Apolo Febo en el desierto y líquido palacio, disipa las sombras de la noche y la bruma que habitan las submarinas grutas de Tritón.

Duermo poco, nada, la fiebre se repite, a mi edad el insomnio visita el nocturno lecho, como admonición de vivir intensamente el tiempo que me quede, quizá esta vigilia me haga reflexionar en desbanda de ideas creativas. Todo insomnio es de agradecer, toda soledad es sonora; me pierdo en la inmersión de la noche, en ese paisaje de esteras en que el hombre desnudo se defiende contra sí mismo, contra el destino, los proyectos, esperanza y deseo, un lenguaje sin palabras. Ante el sueño (follaje de símbolos) se halla uno indefenso, apuñalado por amigos, por eso nos acostamos desnudos como el agua de un río en su lecho, como la desnuda ola contra la roca, contra lo imposible uno no se puede proteger con escudos de oro, nadie nos puede defender de los caminos peligrosos por donde lleva el caprichoso sueño, lo mismo a un paraíso como a un abismo oscuro y breve, y en medio de esta lujuria de tinieblas de vino

espeso, hablamos con los muertos, volamos o paseamos por los montes de Troya donde los escudos de Aquiles brillaron con aceite de héroes, como si ninguna flecha de oro me cazara en el hambriento corazón. Luego, sin poder predecirlo, como un regalo en la tarde con los olivos, llega el despertar de la angustias cual una salida certera a una duda, o tal vez sea a ese despertar a lo que más debemos de temer, simplemente porque tememos no hallar la salida victoriosa al día, a la mentira de otro despertar, al desengaño de las horas matinales, dormidos parecemos medio muertos, de un paso a no despertarnos que es como resucitar cada mañana. Corría en sueños dentro de una pirámide sin piedras, sin poder salir de su apotema, sabía que no era un círculo monótono, elíptico, sarcófago, soñaba que mis esclavos se comían toda la despensa y me dejaban hambriento, que las mujeres de mis oníricos paisajes se orinaban en mis ojos, que los guardianes de la muralla se emborrachaban en la guardia, los ciegos y tullidos hacían burla al Sol cuando se acuesta de un portazo, y en esta imagen llegaron los verdugos de manos negras y me cortaron los crótalos con una gumía de media luna de castrar animales, luego me despierto en un sudor frío sabiendo que soy un ser bastardo, mendigo de mi destino.

Teme al galeno Argos, no es la primera vez que practica en mi dedo gordo del pie izquierdo y reventón -rosa del desierto- la ira de su bisturí de cobre parta la villana sangría, en mi último viaje también hube de tomar sus sanguinarios servicios, tomamos amistades, si puede existir esa palabra entre el torturador y su víctima. Mire mi tez blanca y casi desmayado me hace tender completamente sobre el lecho helado de caricias con los pies en alto y me pone sobre la nariz una pócima picante -silencio de perfumes- que me hace despabilar. Sigo tendido hasta que recupero el sosiego, antes de que la parte negativa de mi conocimiento me abandone para siempre. Creo, con todo el convencimiento de las situaciones más simples, que vivo castigado a la alegría de sanar, este dedo avaricioso se ha inflamado como el administrador que estafa a su amo: rico pero podrido por

dentro. Mando ofrecer sacrificios en el altar del templo una hecatombe. Pago oráculos y sacrificios de corderos, no como los reyes poderosos que pueden sacrificar seres humanos. Algunas veces rezaría algo a Zeus si supiera rogar, pedir, suplicar, avergonzarme, de ser y de no ser un hombre cabal con mujeres e hijos, una vez tuve una esclava, de la cual decía los videntes, que era una mujer bellísima, una esclava que alegraba mi ceguera y los días de mi soledad interior. ¿Adónde habita el secreto del ser y del no ser? ¿Acaso soy, o ya he sido, y fui, y no existo y es mi mente quien recuerda que existió en esa persistencia del afable beso de una primavera.

**19**

### **EL HADES**

*Sin crédito de días, con cercanía de cenizas  
que me espera paciente y hambriento  
yéndome al abrupto abismo del hades,  
yéndome vivo con sandalias puestas,  
yéndome con la túnica rajada.*

*Por penas y olvidos, como la simiente  
que la lluvia sana, no hay más luz  
que la noche clara de tu pensamiento  
Nada muere porque somos simiente.  
a la guarda de una húmeda esperanza.*

¡Oh!, principio y fin del conocimiento del hombre, sin cepas abrazadas a la tierra de Quíos, eternamente movido por velas de vientos caprichosos en un destino sin salida posibles, el fin no está abajo ni arriba, ni en el horizonte o el firmamento, sino siempre en el divino umbral crepuscular entre ayer y el hoy, el mañana no existe, un tremendo descanso al suspirar y un respirar en el intervalo del

crepúsculo y el amanecer, entre la vida de los rebaños nocturnos de estrellas y el fin de una vida, la muerte como parte de esa vida, del aislamiento individual bañado de corrientes luminosas, la ceguera entre el silencio y la palabra audible, la luz de las palabras.

Nada terrenal es verdaderamente perdurable y sólo quien nunca olvida, en él habita el pasado, puede cerrar el círculo perfecto del nacer y el morir, de lo mortal y de los inmortal, puede volver de la intemporalidad del comienzo primigenio, puede comenzar siempre de nuevo el ciclo, estelar en la inmutabilidad del intervalo del tiempo del conocimiento, surgiendo del abismo de las raíces, desapareciendo en el crepúsculo de los astros, renacimiento en luz de lo nocturno, cuya claridad se ha incorporado a lo oscuro como una demostración de hospitalidad, de quien deja a su hija con le huésped.

Es ya el lúbrico lugar de mi final que tanto ha tardado, donde emprenderé el camino al Hades, al Tártaro elemento, el hombre está cautivo en su cuerpo, y no entiende cuando sufre, ¡basta!, pensamientos de necios, el destino es morir, los mortales carecen de argumentos ante la humilde necesidad de vivir, cielo y arrogante, falsa apariencia de felicidad, sabios quien lo repite, memoria de la memoria misma del valor de recordar, ¡basta ya!, no, no quiero recordar mi infancia junto a mis ajenos padres, ellos me vendieron al rapsoda, vendieron mis jóvenes cueros, ahora nadie quiere mis despojos, ante el inclemente y deseado grito de un niño ciego que es vendido a otras manos de madre, a otro frío gemido de herida solemnes, potro ligero, la voz gélida de los desconocidos y nuevos... Solo pido que mi cadáver reciba sepultura de incineración y en la boca me introducían el óbolo para pagar a Aqueronte.

Presiento el rondar de la romántica muerte, el dolor de mis huesos que maldicen, la falta de memoria que transita, el lance del puerto haraposo de unas sandalias que me conducen a la sima. Herencia, el rayo que cesa en la luz y en su ausencia. Me espera el Hades y la negra Estigia laguna..., y el recuerdo eterno de Tarsis.

## ÍNDICE

1.- Los dioses.....	5
2.- De la cólera de Aquiles.....	8
3.- El rey Agamenón.....	12
4.- Ulises.....	14
5.- Memoria de la luz.....	19
6.- La música de las musas.....	24
7.- El galeno Argos.....	27
8.- El oráculo de Delfos.....	29
9.- De la navegación.....	33
10.- La ciudad de Tarsis.....	36
11.- Heracles.....	40
12.- La multiplicidad de los años.....	44
13.- Amor solitario.....	46
14.- La sacerdotisa y el ayuno.....	48
15.- Los argonautas.....	51
16.- Los escribas.....	53
17.- Cultivar barbechos.....	55
18.- Ser y no ser.....	60